

Martin Amis  
Dinero



Martin Amis, con esta magistral y divertidísima novela, ha logrado esta vez crear un personaje antológico, John Self, y recrear como nadie dos ciudades centrales del fin de siglo, Londres y Nueva York. El inefable antihéroe John Self es hombre de numerosas adicciones: bebida, tabaco, fast food, pornografía, todo lo cual consume en cantidades industriales. Pero su principal droga es el dinero, única forma de cultura que conoce. Sostenida con un ritmo trepidante en el brillante monólogo de su protagonista, «Dinero» es un magnífico e hilarante retrato de uno de los tipos más peculiares que haya producido la humanidad en este fin de siglo: un hombre hecho a sí mismo que, pese a triunfar en su vida profesional, y aunque se consiente todos sus caprichos, carece de un sistema que le permita comprender el mundo en que vive y, consciente de que es así, acaba siendo víctima de su dramática y desolada situación.

Para Antonia

*Esto es la carta de un suicida. Cuando hayan terminado ustedes de leerla (y esta clase de cartas hay que leerlas despacio, centrando la atención en las claves, en los detalles delatores), John Self<sup>[1]</sup> habrá dejado de existir. En cualquier caso, la idea es ésta. Pero con las cartas de los suicidas nunca sabe uno a qué atenerse, ¿no es cierto? Si consideramos todo el conjunto de la vida planetaria, hay más cartas suicidas que suicidas. En este sentido son como los poemas: casi todo el mundo intenta alguna vez escribir una carta de suicida, tanto si tiene talento para escribirla como si carece de él. Todos nosotros las escribimos mentalmente. Por lo general, lo que importa es la carta. La terminamos, y luego continuamos nuestro viaje a través del tiempo. Lo que queda suspendido no es la vida, sino la carta. O al revés: la muerte. Pero con las cartas de los suicidas nunca sabe uno a qué atenerse, ¿no es cierto?*

*¿A quién está dirigida la carta? ¿A Martina, a Fielding a Vera, a Alec, a Selina, a Barry..., a John Self? No. Está dirigida a ustedes, los que están ahí afuera, queridos, amables lectores.*

M. A.

Londres, septiembre, 1981

## I

Cuando mi taxi salió del FDR Drive, a la altura de las primeras Hundred, un Tomahawk con la suspensión baja, rebosante de jóvenes negros, salió como un tiburón de una calle lateral y se cruzó justo por delante mismo de nuestra proa. Nosotros nos escoramos, y nos dimos contra un repliegue o arruga afilada: acompañado de un estampido semejante al disparo de un rifle, el techo del taxi se hundió y me dio en plena cabeza. En realidad no me hacía falta nada de eso, se lo aseguro, porque de todos modos la cabeza y la cara, la espalda y el corazón, ya me dolían constantemente, y porque aún estaba borracho y enloquecido y desesperado tras el viaje en avión.

—Joder —dije.

—Eso —dijo el taxista desde el otro lado del tronchado plástico de separación—. Su puta madre.

Mi taxista era cuarentón, flaco, más bien calvo. El poco pelo que le quedaba le caía, largo y húmedo, sobre el cuello y los hombros. No otra cosa son, para el pasajero, todos los taxistas de ciudad: cuellos locos, pelambres locas. Este cuello loco estaba explosivamente picado de granos y pecas, y poseía un resto de virulencia adolescente en el vivo

bermellón de las orejas. Se quedó tumbado en su rincón, con las manos inertes sobre el volante.

—Bastarían unos cien tíos, cien tíos como yo —dijo, disparando su voz hacia atrás—, para echar de esta ciudad a todos los negratas y demás gamberros.

Yo le escuchaba, desde mi asiento. Debido a esa reciente enfermedad a la que ha bautizado con el nombre de tinnitus,<sup>[2]</sup> desde hace unas semanas mis oídos oyen cosas, cosas no estrictamente auditivas. Despegues de reactores, roturas de cristales, hielo machacado. Ocurre casi siempre por la mañana, pero también a otras horas. Me ha ocurrido, por ejemplo, en el avión, o eso creo.

—¿Cómo? —grité—. ¿Cien tíos? No son muchos.

—Podríamos lograrlo. Provistos de los tiros adecuados, lo lograríamos.

—¿Tiros?

—Sí, tiros. Automáticos. Del cincuenta y seis.

Me recosté en el respaldo y me froté la cabeza. Me había pasado dos horas de Inmigración, maldita sea. Soy un antígeno para las colas. Ya saben cómo va la cosa. Jojojo, pienso cuando, a empujones y codazos, me coloco al final de la cola más corta. Pero la cola más corta es la más corta de las colas debido a un interesante motivo. Todos los que están delante de mí son venusinos, pterodáctilos, hombres y mujeres procedentes de un flujo temporal alternativo. Todos y cada uno de ellos han de ser viviseccionados e inspeccionados por el nada sonriente monstruo de ciento veinte kilos que aguarda en su cubículo iluminado.

—¿Negocios o placer? —me preguntó finalmente ese tipo.

—Espero que sólo negocios —le dije, y hablaba en serio.

Con los negocios no suelo tener problemas. Es el placer lo que me mete en todos estos carísimos líos... Después, media hora en la aduana, y otra media hasta que tomé este taxi; sí, y luego todo ese serpentear demencial, todos esos

regateos del taxi por las calles. He conducido por Nueva York. Cinco manzanas bastan para dejarte reducido al llanto y la náusea, de tanta barbarie. De modo que, ¿qué pasa con la pandilla de mamones que se ganan la vida conduciendo taxis? Que lo pruebe el que se atreva.

—¿Y por qué tendrían que hacer ustedes una cosa así? —le dije.

—¿Eh?

—Lo de matar a todos los negratos y demás gamberros.

—Porque creen que todos los taxistas —dijo, y alzó una mano destrozada del volante— somos unos mierdas.

Suspiré y me incliné hacia adelante.

—¿Sabe una cosa? —le dije—. Es usted un mierda. Hasta ahora pensaba que eso no era más que una palabrota. Usted es el primer auténtico mierda con el que he tropezado.

Nos enfrentamos. Alzándose en su asiento, el taxista se volvió poco a poco hacia mí. Tenía la cara mucho más horrible, sabrosa, mucho más útil de cuanto hubiera podido imaginarme: una cara de percebe, algo femenina, con ojos brillantes y labios gazmoños, como si hubiese otra cara, la cara real, debajo de esa máscara de piel.

—Vale, tío. Bájese del taxi. ¡He dicho que se baje del jodido taxi!

—Bueno, bueno —dije, empujando la maleta a través del asiento.

—Veintidós dólares —dijo él—. Lo que marca el taxímetro.

—No pienso darle ni cinco —dije—. So mierda.

Sin variar el ángulo de su mirada, metió la mano bajo el salpicadero y tiró de una palanca especial. Las cuatro puertas quedaron cerradas con un ruido de metal engrasado.

—Óigame bien, cacho cabrón —comenzó—. Estamos en el cruce de la Noventa y nueve y la Segunda. El dinero. Deme el dinero.

Dijo que me llevaría veinte manzanas más allá y que me echaría de un puntapié, en medio de la negrada. Dijo que para cuando los negros acabaran conmigo, yo habría quedado reducido a un montón de pelo y dientes.

Llevaba algunos billetes de mi último viaje. Le di uno de veinte dólares a través del plástico roto. El taxista liberó las puertas y salí. No había nada más que decir.

\*\*\*

De modo que ahora me encuentro aquí, con mi maleta, golpeado por la luz, en una isla de lluvia. A mi espalda hay una tremenda masa de agua, y el corsé industrial del FDR Drive... Ya deben de ser cerca de las ocho, pero el sollozante aliento del día esconde aún su brillo, un brillo de cloaca, muy desdichado: con lluvia y goteras. Al otro lado de la sucia calle, tres críos negros haraganean en el portal de una tienda de bebidas alcohólicas. Pero yo soy mayor, fuerte, una madre temible, y los críos parecen estar demasiado deprimidos para venir a buscarme las cosquillas. Desafiante, echó un buen trago de mi whisky libre de impuestos. Y eso que hace horas que fue medianoche, mi límite para la bebida. Dios, cómo detesto esta película. Y eso que apenas está empezando.

Busqué un taxi, pero no se presentó ninguno. Me encontraba en la Primera; no, en la Segunda, la Primera está en la parte alta de la ciudad. Todos los taxis debían de estar desviándose hacia el otro lado, para tomar la Segunda y Lexington. Llevo medio minuto en Nueva York y ya empiezo a caminar, el largo recorrido por la Noventa y nueve hacia abajo.

Hace un mes no hubiera hecho una cosa así. Entonces no lo hubiera hecho. Entonces trataba de eludir los líos. Ahora, sólo espero. Las cosas me sobrevienen. En serio. Aparecen y ocurren. Me quedo mirando, esperando... Di-



cen que la inflación está limpiando la ciudad. La gente de pasta se está arremangando la camisa y barriendo la inmundicia. Pero aquí siguen pasando cosas. Bajas del avión, miras a tu alrededor, aspiras profundamente..., y cuando vuelves en ti te encuentras en calzoncillos, en algún lugar al sur del Soho, o en una camilla con bandeja de plata y una chapa en el pecho y un tipo que te dice, Buenos días, caballero. Qué tal se encuentra hoy. Serán quince mil dólares... Aquí siguen ocurriendo cosas, y alguna cosa espera a que yo llegue para ocurrirme. Lo sé. Recientemente, mi vida es como un chiste de los que te hielan la sangre. Recientemente, mi vida ha comenzado a adquirir *forma*. Hay algo que me espera. Yo espero. Pronto, esa cosa dejará de esperar, el día menos pensado. Pueden ocurrir cosas espantosas en cualquier momento. Esto es lo más espantoso.

El miedo pisa fuerte en este planeta. El miedo manda y ordena y domina. El miedo nos tiene bien cogidos a todos los que vivimos aquí abajo. Es cierto, tío. Tía, no te engañes a ti misma... Cualquier día avanzaré un paso y me daré de bruces contra el miedo. Y pienso seguir andando. Alguien tiene que hacerlo. Seguiré andando y diré. *Vale ya, joder. Esto se acabó. Llevas demasiado tiempo empujándonos a todos. Te has tropezado con un tipo que no traga. Se acabó. Aparta.* Los matones, según he oído decir, son en el fondo unos cobardes. El miedo es un matón, pero algo me dice que el miedo no es ningún cagado. El miedo, me temo, es en realidad increíblemente valiente. El miedo me llevará hasta la puerta, me empujará a un callejón, entre vacías cajas de embalaje y cubos de basura, y me enseñará quién manda aquí... Quizá pierda un par de dientes, no sé, o tal vez me rompa el brazo, ¡o me dejará un ojo jodido! El miedo podría ponerse como un loco furioso, son cosas que he visto ocurrir, convertirse en destrucción pura para la que nada importa. Quizá yo necesite algún apoyo, alguna herramienta, algún ecualizador. Pensándolo bien, quizá será mejor que deje al miedo en paz. Puestos a pelear, soy valiente

o implacable o indiferente o injusto. Pero el miedo me asusta de verdad. Pelea como nadie, y de todos modos estoy muy asustado.

Caminé una manzana en dirección oeste, luego torcí hacia el sur. En la Noventa y nueve paré a un taxi que estaba detenido junto al semáforo. Abrí la puerta y metí la maleta dentro. El taxista se volvió: nuestras miradas se encontraron, horrible.

—Al Ashbery —le dije, por segunda vez—. En la Cuarenta y cinco.

Me llevó al hotel. Le di al tipo los dos dólares que le debía, y dos más. El dinero cambió de manos de manera elocuente.

—Gracias, amigo —dijo él.

—De nada —dije—. Gracias a usted.

\*\*\*

Estoy sentado en la cama de mi habitación del hotel. La habitación está bien, muy bien. Ni una queja, en absoluto. Vale más de lo que cuesta.

El dolor de mi cara se ha partido en dos, pero duele lo mismo que antes. Ahora me ha salido una hinchazón inequívoca en la mandíbula, en mi Upper West Side. Se trata de un jodido absceso o algo parecido, quizá algún rollo del nervio o un truco de la encía. Qué leches, supongo que tendré que ir al dentista. Que mi dentista se prepare para un buen susto. Está condenada dentadura, esta dentadura inglesa es, digo yo, tan buena como la del cadáver norteamericano medio. En fin, eso es al menos lo que me va a costar. Aquí hay que largar mucha pasta por todo, como decía antes. Tienes que decirte, antes de venir, que el cielo es el límite. La gente de la calle, toda la panda de extras y actores de reparto, cobran lo suyo para seguir ahí. Las ambulancias de esta ciudad también llevan taxímetro, relojes

que marcan la cuenta: así es la ciudad en donde me he medido. Me fijo en otro dolor que acaba de abrir la tienda en las colinas de mis ojos. Hola, muy buenas.

Bebo whisky libre de impuestos en el vaso de la dentadura postiza, y mantengo el oído atento, por si oigo cosas. Lo peor son las mañanas. Esta mañana ha sido la peor de la historia. He oído fugas de ordenadores, jam sessions japonesas, dubiduás. ¿Qué se propone mi cabeza? Ojalá supiera qué planes trama para mí. Quiero telefonar a Selina ahora mismo y darle un pedazo de lo que pienso. Allí son la una de la madrugada. Pero aquí también son la una de la madrugada, al menos en mi cabeza. Y Selina, tal como tengo la cabeza, sería justo el contrincante adecuado... Ahora he de enfrentarme a una nueva noche. No quiero tener que enfrentarme a una nueva noche. Ya he tenido que hacerlo una vez, en Inglaterra y en el avión. No me hace ninguna falta otra noche. Alec Llewellyn me debe dinero. Selina Street me debe dinero. Barry Self me debe dinero. Compruebo que, afuera, la noche ha caído rápidamente. Bien, tranquilo. Las luces, ahí arriba, en el cielo nublado, no parece que estén fijas ni sean estables.

Refrescado después de un breve apagón, me puse en pie y fui al otro cuarto. El espejo me miró, sin dejarse impresionar en absoluto, mientras yo llevaba a cabo toda una serie de replanteamientos mentales bajo la luz brillante del baño desprovisto de ventanas. Me lavé los dientes, me peiné el felpudo, me recorté las uñas, me froté los ojos, hice gárgaras, me duché, me afeité y me cambié de ropa, y pese a todo seguí teniendo un aspecto fatal. Joder, qué gordo estoy últimamente. Lo juro, cuando voy a la bañera o el váter, me escandalizo de mí mismo. Me desplomo sobre la taza como un pedazo de cañería, como el serpentín de la caldera de un maltrecho vagabundo. ¿Cómo ha ocurrido? No puede ser sólo por todo el alcohol y la porquería de comida rápida que he ingerido. No, seguro que hace tiempo

me marcaron para que acabara así. Papá no está gordo. Mi madre tampoco lo estaba. ¿Qué pasa aquí? ¿Se resuelve este problema con dinero? Necesito que me reparen y arreglen todo el cuerpo, que me lo cambien. Mi cuerpo necesita una inyección de capital. Con la máxima urgencia.

Selina, mi Selina, Selina Street... Hoy ha habido alguien. Alguien me ha contado hoy uno de sus horribles secretos. Todavía no quiero comentarlo. Lo contaré luego. Antes de hacerlo quiero salir, beber un poco más y cansarme muchísimo más.

\*\*\*

Las puertas batientes se separaron y entré tambaleándome en los brillos y maderas del vestíbulo. Impasibles, como soldados en sus trincheras, unos cuantos hombres permanecieron en sus puestos.

Dejé de un palmetazo la llave en el mostrador, y saludé con la cabeza. Iba tan cocido que me sentía incapaz de averiguar si ellos podían ver lo cocido que iba. ¿Les daba igual? Yo iba tan cocido que me daba igual. Avancé hacia la salida con zancadas perrunas y hombros encorvados.

—¿Mr. Self?

—Yo soy —dije—. Diga.

—Verá. Han llamado esta tarde preguntando por usted, ¿Caduta Massi? ¿Es posible que sea Caduta Massi, la...?

—Esa es. ¿Ha dejado algún recado?

—No, señor. Ninguno.

—Bien. Gracias.

—Mmhm.

De modo que me encaminé hacia el sur, por Broadway. ¿A qué viene esa mierda de *mmhm*? Anduve a grandes zancadas por entre duendes comehombres de aliento subterráneo. Oí el mellado aullido de las sirenas, los silbatos de ciclistas y patinadores, gocarters y windsurfers. Vi el

amontonamiento de coches y taxis, empujándose con sus claxons. Noté toda la reserva, la democracia, la cursiva, que flotaban en el aire. Son gente decidida a ser ella misma, pase lo que pase, aunque dé vergüenza. Expulsado de la cola de apresurados y vagos, de mirones y haraganes, un altísimo rubio despampanante se debatía al borde de la acera, denunciando el tránsito. Tenía el pelo de ese color amarillo especialmente enloquecido que recuerda a las tortillas, un felpudo de tortilla. Mientras boxeaba con su propia sombra, balbucía cosas contra no sé qué fraude, no sé qué traición o redundancia o desahucio.

—¡Ese dinero es mío y lo quiero ahora! —gritaba—. ¡Quiero mi dinero y lo quiero ahora mismo!

Esta ciudad está llena de tipos de esos, tíos y tías que gritan y rezongan y se quejan de su mala suerte, todas las horas del día y de la noche. Leí en no sé qué revista que son enfermos crónicos salidos de los manicomios municipales. Les echaron a la calle hace diez años, cuando comenzaron a flaquear las finanzas del ayuntamiento... Ahora viene un buen chiste, un chiste mundial, que suena a dinero. Un árabe se cierra la bragueta en el corral de las ovejas, deja que su mirada satisfecha recorra el desierto, y dice: «Eh, Basim, busquemos petróleo». Al cabo de diez años un blanco altísimo y rubio agita los brazos en Broadway, ante las miradas de todo el mundo.

Vi un bar topless en la Cuarenta y cuatro. ¿Han entrado ustedes alguna vez en uno de esos antros? Siempre supuse que serían algo así como un club de estudiantes pijos servido por camareras semidesnudas. Pues no lo son. No hay más que un puñado de nenas en bragas que bailan en una rampa situada detrás de la barra: tú te sientas y te tomas tus copas, y ellas, por su cuenta, menean el culo. Pedí los whiskies en serio, a tres dólares y medio la ronda, e hice enjuagues con el líquido por mi Upper West Side. También me apliqué el vaso frío a mi dolorida mejilla. Ayuda, o lo parece. Resulta un consuelo.

Había tres chicas trabajando en la rampa, separadas, con un espejo detrás de ellas. La chica que bailaba en plan topless para mi recreo, y para el de la figura mojigata y hermafrodítica que estaba sentada un par de taburetes más allá, a mi derecha, era bajita y tímida y con aspecto de cachorro. Bien, vamos a echarle una buena ojeada. Bajo los focos, parecía tener la piel muy pálida, y con aspecto enfermizo junto a los ojos, como si tuviese propensión a las erupciones, a las alergias. Unos pechos grandes y lamentables, con arrugas, y un alerón de carne fofa sobre el borde superior de las bragas, que eran de color azul marino, de gimnasio. Sí, la parte superior de sus pechos estaba suavemente almenada, y era más blanca incluso que el resto de su piel. Esas marcas a los veinte o diecinueve años: aquí hay algo que anda mal, la forma delata fatiga, muestra los errores, a una edad muy temprana. Esa pobrecita mía lo sabe. Su vulgar rostro varonil trataba de ponerse la sonrisa estandarizada del hechizado orgullo que hubiese debido sentir por su cuerpo, pero sólo mostraba turbación: por el cuerpo, no por lo otro. Si quieren que les dé mi más ponderada opinión, esa nena carecía por completo de futuro en el negocio de las go-go. De todos modos, era mi nena, al menos durante la siguiente media hora. Sus dos rivales, situadas en puntos más alejados de la rampa, eran más de mi estilo, pero cada vez que me volvía hacia ellas la cara empezaba a latirme de dolor, avisándome. Además, tenía que pensar en mi nena, no debía ofenderla. Estoy contigo, tía, no te preocupes. Tú sí que vales. De vez en cuando, ella me dirigía una sonrisa. Una sonrisa absolutamente desamparada, vacilante. Sí, una sonrisa avergonzada.

—¿Otro scotch? —dijo la matrona que estaba detrás de la barra, una vieja dama de pelo encerado y voz rasposa. El body-stocking o tutú que vestía era de un poco amistoso tono pardo mate o caramelo. Delataba hernias y fajas ortopédicas.

—Sí —le dije, y comencé a filmar otro pitillo. A no ser que les informe de lo contrario, siempre estoy fumando un pitillo.

Me cuidé un rato la mejilla con el vaso. Hablé entre dientes y me cagué en todo. Cuando volví a levantar la vista mi nena se había ido. En su lugar estaba serpenteando una mexicana de metro ochenta, boca de oreja a oreja, grandes pechos aceitosos, y en el vientre un matojo de pelo negro que se le metía como un reguero de pólvora en la afilada cartuchera blanca de sus bragas. Me acordé de Selina. Y esas bragas mostraban unos profundos conocimientos de la tecnología de la cama. Bailaba como un sueño polucionado, pecaminoso e inane. Su sonrisa, atestada de dientes, se dirigía a todas partes y a ninguna. La cara, el cuerpo, el movimiento, todo en ella era aplomo, seguridad en su actuación, en su arte, en su pornografía.

—¿Quiere invitar a Dawn a una copa?

Giré la cabeza. La vieja dama de la barra señalaba vagamente hacia el taburete que estaba a mi lado, en donde, efectivamente, se había sentado Dawn, mi nena, envuelta ahora en un batín de lana.

—Y bien, ¿qué toma Dawn? —pregunté.

—¡Champagne! —Un vaso chato que parecía contener glucosa on the rocks cayó bruscamente delante de mí—. ¡Seis dólares!

—¡Seis dólares! —Dejé otro billete de veinte en la barra húmeda.

—Disculpa —dijo Dawn, con un respingo. Tenía acento pueblerino—. Esta es la parte del trabajo que menos me gusta. No está bien.

—Tranquila.

—¿Cómo te llamas?

—John —dije.

—¿A qué te dedicas, John?

Ah, entiendo... Una conversación. Menudo negocio. A cinco palmos de mi nariz, tengo un milagro desnudo que